

# *Edipo en Stalingrado*

GREGOR VON REZZORI

sextopiso



## **Edipo en Stalingrado**

# Edipo en Stalingrado

GREGOR VON REZZORI

EPÍLOGO Y NOTAS DE VÖLKER SCHLÖNDORFF

TRADUCCIÓN DE JOSÉ ANÍBAL CAMPOS



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Titulo original  
*Ödipus siegt bei Stalingrad*

Copyright © 1954 Gregor von Rezzori  
All rights reserved

Primera edición: 2011

Traducción  
JOSÉ ANÍBAL CAMPOS

Fotografía de portada  
Ottomar Anschutz  
© bpk - Bildagentur für Kunst, Kultur und Geschichte

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2011  
San Miguel # 36  
Colonia Barrio San Lucas  
Coyoacán, 04030  
México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
c/ Monte Esquinza 13, 4.º Dcha.  
28010, Madrid, España.

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño  
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación  
QUINTA DEL AGUA EDICIONES

ISBN: 978-84-96867-68-0  
Depósito legal: M-11881-2011

Impreso en España

*El día es una hoja de papel vacía. Si se las une durante un año, sale un libro con el título de «pasado» que no contiene ninguna enseñanza para el futuro.*

Palabras del terrorista Cedric V. Halacz, experto en explosivos, en un test psicológico

# ÍNDICE

Nota del traductor	11
Edipo en Stalingrado	13
Epílogo	311

## NOTA DEL TRADUCTOR

Toda traducción es un desafío. La tragedia inherente a toda labor de traducción es que quien la realiza sabe desde un inicio que, en ese tamiz que es llevar una obra de una lengua a otra, de un ámbito cultural a otro, va a quedar siempre una arenilla que jamás conseguirá pasar al otro lado.

En el caso de esta novela de Gregor von Rezzori (a juicio de este traductor, su obra maestra), esas arenillas se vuelven grandes piedras, tan grandes como para construir todo un edificio crítico lleno de pesadas llamadas a pie de página y aclaraciones.

En esta traducción se ha renunciado conscientemente desde el principio a abrumar al lector con demasiadas notas, por lo tanto ha sido necesario tomarse ciertas libertades a la hora de reproducir la infinitud de juegos de palabras, de dobles sentidos que colman toda la novela. Tengo la confianza de que a esta primera edición de *Edipo en Stalingrado* le seguirán muchas otras, y tal vez en un futuro sea necesario hacer una edición crítica que incluya (como conocemos de algunas ediciones de Shakespeare, por ejemplo) todo ese *corpus* erudito que contribuiría sobremanera a la comprensión del estilo del autor y del contexto en el que escribió esta novela. Como bien señala una nota del propio Rezzori añadida a la primera traducción al inglés, la novela «fue escrita [...] en una época en que la Alemania Occidental mostraba aún la viruela dejada en su rostro por los cráteres de las bombas, y descollaban los esqueletos de las ciudades reducidas a cenizas».

A nuestro juicio, el mayor mérito artístico del *Edipo* consiste en tratar un período oscuro de la historia de Alemania, los años 1938 y 1939, sin los habituales tonos de *mea culpa* de

los años en que la novela fue publicada (la década de 1950), sin las rabietas de una literatura comprometida que erupcionarían una década después y, sobre todo, sin aludir de manera directa a los hechos que ocurrían en el exterior. Todo gira alrededor de la vida frívola de un ridículo personaje, el barón Traugott von Yassilkovski, y del mundillo del bar de Charley en el Kurfürstendamm berlinés. Pero Rezzori, en la medida en que inserta en ese contexto frívolo el lenguaje manipulado por los nazis, devuelve a las palabras su pleno valor y hace, en cierto modo, lo que Viktor Klemperer hizo desde un punto filológico con su grandioso ensayo *La lengua del Tercer Reich*. Rezzori nos ofrece en esta novela algunas de las claves estéticas, morales y filosóficas que propiciaron el triunfo del nacionalsocialismo. En ese sentido, esta novela puede tomarse, también, como un desternillante ensayo sobre toda una generación y un mundo ya desaparecido, pero nunca impedido de tocar de nuevo a nuestras puertas.

Dicho esto, este traductor sólo puede confiar y desear que, a pesar de su pálida e insuficiente labor, ese sentido profundo llegue a los lectores de habla española.

Han sido algunas las instituciones y personas que colaboraron en que esta traducción sea ahora realidad: ante todo, la Sociedad de la Literatura Austríaca, que me permitió investigar en Viena algunos de los rastros de un siempre escurridizo Rezzori; la Casa del Traductor de Looren, Suiza, donde pude trabajar con toda la concentración necesaria; los colegas de todas partes del mundo que aportaron sus sugerencias, su talento y su buen ojo para solucionar algunos de los enormes problemas de traducción presentes en esta novela. A todos ellos, mi más sincera gratitud.

JOSÉ ANÍBAL CAMPOS  
Frankfurt, octubre de 2010

## EDIPO EN STALINGRADO

*Qu'as-tu fait, ô toi, que voilà pleurant sans cesse,  
dis, qu'as tu fait, toi que voilà, de ta jeunesse?*

Verlaine

¿Conocía usted a la gente que uno se encontraba regularmente en el bar de Charley? Me refiero a la clientela habitual de nuestra época, que acudía más bien a última hora de la tarde y degradaba aquel respetable bar a lugar de chismorreos, no a aquellos alegres hombres de buen vivir de finales de los gloriosos veinte, cuyos lindos retratitos adornaban la pared situada detrás de la barra, aquella galería de gnomos de un desenfadado espíritu de diversión. En lo que a ellos atañe, apenas hay alguien de nuestra rezagada generación que los haya visto cara a cara, y el propio Charley, aun cuando no estaba borracho, hablaba de ellos únicamente con cierta reserva y un laconismo repelente, como de testigos de un pasado ilustre con quienes los chavalines de nuestra calaña no hubieran podido identificarse. Cada esfera, señor mío, tiene sus reyes y sus paladines. Puede usted averiguar el sitio que nos corresponde por el grado de respeto que nuestras burdas jovialidades y mal calculadas propinas pueden inspirar a gente como Charley Schulz.

Pero bien. En cualquier caso, más de una vez tuve que lidiar con esa abotonada y monosilábica reserva aristocrática de Charley, y es que a mí aquellos legendarios caballeros me interesaban muchísimo, y con sumo gusto hubiese querido saber más acerca de ellos. Sus meros retratos incitaban las ideas más variadas: tenían toda la vitalidad fantasmal de esas mediocres caricaturas inacabadas, hechas con trazo rutinario, y que, una

vez vistas en alguna parte, pueden perseguirnos durante días. Claro que el sujeto que las dibujó en su momento jamás pudo sospechar, ni por asomo, lo bien logrados, lo milagrosamente bien logrados, bajo cuerda, que estaban aquellos retratos. Ciertamente que sus intenciones, hasta donde se lo permitieron sus limitadas habilidades, habían sido maliciosas. Pero, *para eso*, para eso no basta quizá la mera voluntad: algo de benevolencia divina jugó su papel en ello. Santo cielo, cuánto tiempo —un tiempo medido en aquellos Martini secos que Tom sabía preparar tan bien, en sus justas dosis (el *mixer* Tom, no Tom Mix, como a él mismo le gustaba variar graciosamente)— pasé contemplando la universalidad de aquellas cabezas que, sin herir de un modo absoluto nuestra noción de las proporciones, brotaban de aquellos cuerpecitos enanos; extrañas y enormes cabezas, infladas como globos, pálidamente iluminadas con delicados trazos de acuarela, como flores exóticas de la magnificencia humana. ¡Y qué voy a decirle del cuidado y correcto guardarropa de aquellas figuras! ¡Cuánto de revelación divina en sus poses! ¡Cuán demoníaca exactitud de los detalles! ¡Y qué bien se ajustaban al conjunto, como complemento, como culminación, los pañuelos, los claveles en la solapa, los perlados alfileres de las corbatas! ¿Cómo reza esa exigencia que hace Hebbel a la obra de arte? Que sea capaz de encarnar el todo con la parte, creo. ¡Pues ahí lo tiene! Y por cierto, entonces, en medio de las caricaturas, estaba todavía aquel gran espejo de pared, y cuando usted se inclinaba un poco hacia delante, podía verse en persona en medio de aquella variopinta fauna.

A propósito: ¿se ha preguntado alguna vez adónde fueron a parar todos esos sujetos? No se los vio nunca más. Se marcharon. Desaparecieron. Se esfumaron. Jamás vi tampoco a ninguno de ellos vagando por ahí, al aire libre. Y me pregunto: ¿dónde diablos se habrán metido? No es posible que todos hayan muerto o se hayan extinguido, ¿o sí? ¿Por qué no acudieron más al bar de Charley? ¿Qué los había espantado de allí? ¿Acaso eligieron otros lares secretos como escenario de sus francachelas? ¿O, sencillamente, se retiraron del todo, engordaron, se

aburguesaron, dedicándose a alimentarse de los recuerdos atesorados y a cuidarse la próstata? Todas estas preguntas, mi querido señor, tienen su importancia. Es un problema serio éste del que estamos hablando: la liquidación de aquellas generaciones de bares, con todos sus aspectos sociológicos y metafísicos. Yo, personalmente, tiendo a suponer que un buen día (o más bien una noche) el espíritu supremo de la vida mundana embarcó a toda la pandilla y la trasladó a un Valhalla propio de los de su especie, una refulgente gruta en lo profundo de la tierra, con estalactitas y estalagmitas de colores fresa y amaranto: y allí están sentados, bañados por el mágico y cambiante juego de efectos de las luces de neón, vestidos con esmóquines plateados, sobre una plataforma giratoria en la que se mueve —en círculos concéntricos, con giros opuestos, cual eterna cinta transportadora de sus cócteles, de sus *fizzes*, sus *flips* y sus *cobblers*— un bar de vanidoso plexiglás. Miles de camareros agitan sin cesar sus cocteleras, miles de chicas desnudas bailan bajo los dodecaedros pentagonales de espejos que giran a su antojo, y miles de saxofones y ministriles negros aúllan sin pausa su «¡Aleluya!» —pero el viejo Aleluya, el auténtico, se entiende, no esa cosa cansina que puede oírse hoy día en todas las iglesias.

Pero no era realmente de esos viejos señores de buen vivir de quienes quería hablarle. Había una mesa a la izquierda, en el fondo del Charley, la que hacía esquina, situada junto al sofá, que, si usted se acuerda, estaba ocupada casi cada noche por la misma clientela. Su núcleo, el polo intelectual alrededor del cual se ordenaban las demás partículas, era un médico fracasado —ya sabe a quién me refiero: un hombre alto, encorvado, canoso, bastante apolillado, el típico intelectual tuberculoso, un notable bromista y hombre sarcástico. Bien. ¿Recuerda también a aquella rubia de figura estupenda que acostumbraba a estar en esa mesa? Ésa era una chica de mala reputación.

Provenía de una muy buena familia, eso sí, con acciones en fábricas de obuses en Renania o algo por el estilo, pero los padres vivían en Berlín. Eran señores muy respetables, ya

viejísimos cuando tuvieron a su rezagado retoño, a la que acogieron como una prueba impuesta por la mano de Dios. El padre, ya casi ciego y sordo por la edad, era un hombrecito patético de eufórica senilidad. La señora mamá, también ya por los sesenta y tantos, pero —según se decía— todavía llena de savia, era una dama de pasado bastante turbulento. De la madre, por lo tanto, le venía a la rubia su naturaleza alegre: aún no había cumplido los dieciséis cuando el retoño debutó en los *thés dansants* de la terraza ajardinada de la azotea del hotel Edén, y pronto se corrió la voz de que la joven dama, además de ser precoz, tenía auténtica prisa.

No puedo evitarlo, pero a mí siempre me cayó bien. Había en ella algo grande, fresco y suntuoso, y al mismo tiempo tenía cierto toque extravagante y divertido. Como he dicho, tenía un físico espléndido, era una amazona de loables formas. Largos muslos, estrecha de caderas (pero con caderas, para entendernos)... *etcétera*. Por cierto: los pechos, bien; todo bien. Y además, un rostro proporcionado, fuerte pero fino, con una grandiosa boca de Marlene Dietrich maquillada con color carmín, pero con labios más llenos, indolentes y voluptuosos que los adustos labios de aquella otra dama insaciable. Sus ojos eran de un azul violeta, aunque pobres de pestañas. A menudo se ponía unas grandes gafas con montura de concha. No unas de ésas, por supuesto, con cristales oscuros, como las que se han puesto de moda actualmente entre cualquier empleadilla temporal, sino unas auténticas, graduadas, de tres dioptrías y media. Cuando se las quitaba, tenía esa encantadora mirada de desamparo de las mujeres miopes. Dientes excepcionalmente bonitos que a ella le gustaba mostrar, y manos cuidadas y largas, mimadas. En general, su aspecto era exquisito, y tenía la frescura de un prado, como alguien que ha crecido en un entorno espacioso y bien ventilado. Se vestía con excelencia, todo deportivo —en cierto modo, al estilo de los clubes campestres—, pero tenía un brillo especial que llamaba la atención, como una aurora boreal. Puedo imaginarme cómo se les cortaba el aliento a los rebaños de muchachitas, con sus faldas escocesas y sus

medias hasta las rodillas, cuando veían pasarles por delante a aquel prototipo de mujer emancipada, gran símbolo sexual, divina reina de todas las fulanas. Pero, sin duda, lo más vistoso de su magnífico aspecto era su pelo: una auténtica melena de león, una cabellera rubia de tal abundancia y fuerza que hubiera sido la envidia de cualquier merovingio. Era como la cola del caballo Falada, el del cuento: y en efecto, aquella melena era el estandarte de una naturaleza equina dotada de una condición física indómita y exuberante, triunfal. Y hasta las lenguas más moderadas admitían sin tapujos que ella jamás había hecho nada, lo más mínimo, por poner riendas a esa condición. Ella *sí* que llegó a conocer en persona a aquellos nobles caballeritos del bar de Charley, los conoció bien, muy bien incluso, y tras la desaparición fantasmal de aquéllos pasó a formar parte, de inmediato, de la nueva pandilla, convirtiéndose en una especie de *rocher de bronze* en locales como el Ciro, el Jockey, el Quartier Latin, así como en todos los cócteles ofrecidos por cónsules yugoslavos o peruanos.

Pero los años pasaron, y aquella alazana de pelo dorado ya no se sentía tan a gusto en su propia piel. Puede que hayan sido los tiempos, cierta atmósfera escarchada con tendencia a un encendido nacionalismo, de tintes heroicos y folcloristas... Pero da igual: en cualquier caso, ella empezó a dar muestras de una vida más asentada. Al bar de Charley, por ejemplo, acudía al final sólo por las tardes, hacia las siete, para beber dos o tres copas y divertirse un poco con las cosas del ingenioso doctor.

Hacia esa misma fecha apareció por el bar de Charley otro sujeto, un tal Yassilkovski —¡Qué digo! Señor *Von* Yassilkovski, cuidado, del escudo de Topor—, vástago de una de aquellas treinta mil familias, más o menos, a las que, a raíz de algún triunfo sobre el Voivode de Chernovitz, se les concedió colectivamente, en pleno campo de batalla, la nobleza hereditaria, y se les asignó un escudo de armas, con martillo de plata en campo de gules. No sé exactamente cómo continuó la historia; creo que el Voivode depuesto se cobró la derrota ensartando en estacas de afiladas puntas a todos los que regresaron a sus hogares, y

preparó una revancha por la cual otorgó el escudo de armas de Kwilcz (martillo de gules en campo de plata) a otras treinta mil familias vasallas suyas. Pero, como he dicho, puede que sobre esto me equivoque.

Sin embargo, por ciertas razones, tendré que contar con cierto lujo de detalles la biografía del caballero Yassilkovski, aunque sea un poco extensa y enredada.

Su nombre de pila no era, por ejemplo, Zbignjew o Mdzjiszlaw, sino simple y conmovedoramente Traugott (nombre de resonancias teutónicas donde los haya que significa «¡Confía en Dios!»). Y es que el nombre de soltera de su señora mamá era Bremse —así a secas, no *Von* Bremse—, un nombre como otro cualquiera, si no fuese porque la palabra significa tanto «freno» como «tábano». Era oriunda de Allenstein, en la Prusia Oriental (¡De frenteeee, march!). El señor papá (la clara acentuación de la segunda sílaba en el apelativo materno y paterno, no tan habitual por estos lares, era el resultado de una curiosa evolución, pero en su origen recaía más bien sobre la primera sílaba de ambos), el papá, en fin, era capataz —perdón, ¡administrador de bienes!— en la hacienda (en una de las haciendas) de un tal conde Lehnhoff, o quizá fuera Döndorff, pero en fin, en una hacienda del distrito de Pillkallen. O en Gumbinnen. Sí, claro, era en Gumbinnen. Aunque también puede que fuera en Eydtkuhnen. Bueno. Teniente durante la Gran Guerra, el papá había estado con los coraceros o los ulanos, o con los dragones, los húsares o los *chevaulégers*... Lo que usted prefiera. Era alguna unidad de caballería. Como comprenderá, aquel hombre entendía algo de animales domésticos, y también, por supuesto, de caballos. Era de mediana estatura, corpulento y de porte y aspecto muy masculino, tenía un poblado bigote negro, bien peinado y encerado en dos puntas hacia arriba, como un centinela, una cabeza redonda con pelo cortado a cepillo y un cuero cabelludo que, sobre todo cuando reflexionaba, se plegaba en una sucesión de arrugas con forma de gusanos. Según una frase que él solía repetir con frecuencia, no cifraba demasiado en teorías ni especulaciones,

sino en la práctica; en una palabra, el típico *Junker*, ya sabe usted: sangre y tierras (aunque en su caso era más tierra que sangre). No olvide, por favor, que desde las batallas con el Voivode de Chernovitz había transcurrido ya cierto tiempo, los héroes se habían desperdigado o habían perdido el botín ganado en esos ires y venires de la fortuna y el infortunio, mientras que sus descendientes, algunos, habían emigrado; también se habían quemado muchos documentos, y otros, sencillamente, habían desaparecido (piense usted tan sólo en las tremendas devastaciones provocadas por la Guerra de los Treinta Años). En fin: que papá Yassilkovski, concretamente, podía mirar hacia atrás a una sola línea de ascendencia compuesta por dos (fíjese, dos) antepasados de pura sangre prusiana. Uno de ellos había recibido incluso la Cruz de Hierro en Sedan, en 1870. De acuerdo, la había recibido en condición de soldado raso, pero eso ya es algo. Ambos descendientes eran administradores de fincas, así que, ya ve, sea como sea, *eso* es tradición.

Aunque, a decir verdad, a papá Yassilkovski —dicho sea en su honor— le importaban un comino las genealogías y sus implicaciones sociales. Él era —bueno, tampoco tiene demasiada importancia lo que era ni cómo era, pero bien— un inspector de bienes: es decir, un hombre laborioso, sudoroso, corto de miras, colérico, con apego a la tierra. La mamá, sin embargo, la tal Bremse, cuya cuna había estado en la casa de un veterinario jefe de distrito, jamás pudo librarse de la sospecha, que la corroía en secreto, de haberse casado por debajo de su rango.

Por desgracia no estoy en condiciones de proporcionarle datos más precisos sobre los atributos espirituales y carnales de la nacida Bremse. Supongo que ni siquiera al joven Traugott —en cuyo desarrollo aquella mujer desempeñaría un papel no del todo insignificante— le hubiera resultado fácil hacerlo. Ella era —¿cómo decirlo?— amorfa, descolorida, deslucida... Dios, vivimos en una época que ha sustituido el ideal *biedermeier* de la mujer maternal por esas hembras exuberantes de Rezníček, que ahora tiende a esa nobleza de pura raza hollywoodense, y me temo que Allenstein, en la Prusia Oriental, no es el sitio

adecuado para producir dicho ideal, del mismo modo que la tierra de Pillkallen no es el lugar idóneo para conservarlo. En cualquier caso, la mamá era una excelente ama de casa, nacida, como ya sabemos, en el seno de la *mejor* sociedad (aunque no fuese precisamente la *buena*). Existía incluso cierta relación de confianza entre ella y la condesa, siempre sobre la base de intereses femeninos comunes, y en varias ocasiones sucedió que, tras haber acabado la Bremse un nuevo trajecillo para su hijo —al que siempre mantenía impecable y aseado y por cuyas maneras velaba con esmero—, la señora condesa acudiera a ella y tomara prestado el mismo modelo para sus vástagos.

En cualquier caso, para el pequeño Traugott —por lo menos en aquel temprano estadio de su desarrollo— ella fue como lo que, al parecer, solía ser el éter para Hölderlin. Y por tal razón, tanto más ferviente era el odio que el chico sentía hacia el señor papá.

Como feliz beneficiario de los puntos de vista de damas como Ellen Key o Ina Seidel, estará usted sin duda bien al tanto de lo profunda y profusa en contenidos que puede ser el alma de un niño. En lo que a nuestro caso se refiere, podemos darnos por satisfechos con atender a lo que el terrateniente Yassilkovski, en observaciones posteriores, denominó «la tensión surgida entre las diferencias de la masa hereditaria», es decir: la inquietud fáustica (heredada de la Bremse, probablemente), apareada con la melancolía sordamente incubada de un pastor sármata que toca su flauta, como en *El flautista* de Barlach; la diferencia social de sus padres, ya me entiende: la oposición entre la aristocracia y la burguesía. Y puedo ilustrárselo con un ejemplo: la mamá, sentada bajo la luz crepuscular del salón del inspector, expresando todo el dudoso desgarramiento de su ánimo con una interpretación de *Murmillos de primavera*, de Sinding, en el piano otrora perteneciente al veterinario jefe, y el papá, de regreso de los campos, malhumorado a causa del pésimo trabajo de los polacos, ronco de tanto gritar, exhausto e insatisfecho de tanto merodear por ahí para nada, azotaba a su mujer y a su hijo con la vara del capataz en

algún hervor ocasional de aquella sangre vencedora del Voivode. Añádale a esto cierta endeblez de pecho del chico, y tendrá usted, en unas pocas pinceladas, el cuadro que ilustra el estado del alma del joven señor Von Yassilkovski: algo así como un Philipp Otto Runge con un toque de El Bosco. Y no olvide usted la atmósfera reinante en Gumbinnen.

Es cierto que la vara del capataz era una recia rama de roble cuyo extremo no estaba provisto, como era habitual, de una punta de hierro, sino de una pequeña pala rectangular concebida para el examen de la superficie del suelo cultivable. Pero permítame una pregunta: ¿Acaso los *Murmullos de primavera* de Sinding constituyen, en sentido estricto, un recurso menos injusto en aquella lucha de clases? Y por si fuera poco, la señora, la nacida Bremse, no estaba del todo desprovista de armas. El papá, si me permite decirlo así, era uno de esos hombres con una inquieta disposición erótica, y por las noches tenían lugar en el dormitorio de los señores Von Yassilkovski escenas bastante tumultuosas de cortejo y pertinaz resistencia: una resistencia tal vez tanto más enconada por cuanto el sentido de mamá por la autoestima social —¡bien lo sabe Dios!— entraba en una pugna interior con cierta buena disposición de principio por su parte. Pero yo le pregunto, ¿quién puede pretender deslindar lo justo de lo injusto, la causa del efecto, en esa enrevesada urdimbre que son las relaciones humanas?

En fin. Sea como sea, lo cierto es que las dimensiones espaciales de la vivienda del inspector eran estrechas, y en más de una ocasión el joven Traugott despertó en la oscura habitación contigua a causa de los suplicantes, acalorados y cada vez más furiosos murmullos de papá y de las bruscas y burlonas muestras de rechazo de la nacida Bremse, siempre abiertamente despectivas, las cuales, casi siempre terminaban —entre el traqueteo y el golpetear del mobiliario, el ruido de las lamparillas de noche al caer al suelo, etcétera— en clamorosas lamentaciones y en ciertos sonidos de congoja susceptibles de ser interpretados de otra manera. Así, en las tinieblas, el pequeño Yassilkovski vivió esas primeras sensaciones de la tragedia

clásica —temor y compasión—, que, como usted sabe, surgen del espíritu de la música.

La impresión tiene que haber sido tanto más terrible por cuanto la fantasía del niño carecía de toda imagen gráfica que le permitiese comprender los acontecimientos que tenían lugar tras aquella puerta como algo —si me permite llamarlo así— inofensivo y natural. Estremecido por el miedo, con el corazón latiendo frenéticamente y él mismo plagado de oscuras sospechas y vagas suposiciones sobre escenas espantosas y repugnantes que, por lo visto —o más bien por lo oído— no dejaban lugar a dudas sobre su atinada valoración, el chico seguía al acecho los ruidos llegados desde el otro lado, y su incapacidad para traducirlos en imágenes lo atormentaba de un modo insostenible. Lo único que dominaba su fantasía, casi con una claridad palpable, era la figura desnuda y recia de papá, que él ya conocía por el aseo matutino ante el grifo de su habitación (durante el cual papá solía moverse delante de él sin ningún tapujo): su cuerpo de color blanco repulsivo, en llamativo contraste, hasta la altura del cuello, con su cabeza rojiza quemada por el sol, la pronunciada virilidad que le repugnaba y excitaba al mismo tiempo, y que de algún modo también lo avergonzaba de un modo humillante, al hacerle cobrar conciencia de su propia debilidad física.

A usted le parecerá asombroso que yo conozca detalles de tan íntima naturaleza, tanto más, por cuanto éstos entran en rotunda contradicción con la impresión que cualquiera que hubiera conocido a Yassilkovski se llevaba, forzosa e involuntariamente, acerca de sus orígenes. Estoy seguro, por ejemplo, de que ni siquiera un tipo como Charley, a pesar de su infalible buen ojo —tan propio, como se sabe, de quien ejerce el negocio de la hostelería a tan altos niveles—, hubiera creído posible circunstancias tan dudosas como la del antes mencionado uso, para el aseo, del grifo del agua en la habitación del niño. Tampoco vio nada de esa actitud típica de un señor barón: esas ínfulas exhibicionistas, esa quisquillosa autocomplacencia, el estudio hastío con aires de superioridad. Su actitud, querido amigo,

era desenfadada, elegante, discreta, de una extroversión comedida, muy pulida en las formas; pero, en fin, qué le puedo decir: ligera la rienda, impecable la postura del muslo, y todo el conjunto en equilibrio; y el humor, el brío, dejado a cuenta de la imaginación, nada a la vista, ya me entiende usted, un monóculo del alma, por así decir. Y además de todo eso, una actitud moral de primera: iglesia del cuartel de Potsdam, exenta de todo aditamento intelectual, el más puro abono biodinámico. Y también un toque —¡pero sólo un toque!— de rusticidad en su aspecto general, de ética sólida y estética transparente... Ya ve usted, respetable amigo, que en esa extenuante lucha por el reconocimiento personal, que requiere tanta energía y tantos miramientos (al punto de acaparar la mayor parte de nuestras habilidades y nuestro tiempo), existen alternativas sublimadas junto a la forma habitual de la charlatanería más burda e impertinente, y las más sofisticadas se ocultan debajo, y se basan en una estrategia para separar, preservar y omitir (y en ese sentido, tal vez, tenga algo que ver con el arte, ¿no le parece?). Dicha estrategia desdeña lo empapirrotado de la pose y elige lo convincente del gesto (¡pero sólo del gesto hábil, claro está!). Su eficacia radica en los radios de acción que abre y, con ello —en cierto modo—, adjudica a la imaginación. Es la forma refinada de alardear que renuncia a todo alarde. Pero no vaya a figurarse ahora usted, mi buen hombre, que por ello podamos aplicarla usted o yo a nuestro antojo. Cierta grado de restricción se requiere para esa forma de creatividad, y aun cuando estoy dispuesto a atribuírsela a cualquiera, aquí estamos hablando de una restricción del genio, una suerte de gracia divina, y me permito dudar que pueda hallarse un sucedáneo equivalente para ello en la laboriosidad. No sirve de nada, amigo mío, no es algo que se pueda practicar, hay que *vivirlo* en cada fibra del cuerpo y en los resquicios más profundos del alma. Porque, ¿quién está en condiciones de decir que la verdadera grandeza, a fin de cuentas, no surge de un desmedido autoengaño, de una ilusión dada por plausible? Así que tenga usted la bondad de mostrar respeto por eso que se requiere

para convertirse en un Yassilkovski; y, *last but not least*, no subestime usted el papel de la mera suerte que tuvo que sonreírle en ocasiones.

Por ejemplo, lo siguiente. No sé qué opinión tendrá usted al no formar parte de la misma clase social, pero da igual: se sabe que el ordeño experto, desde el acondicionamiento coqueto y lúdico de la ubre, que pasa por el masaje delicado y fortificante de la tetilla por separado, hasta el ordeño esmerado de las cuatro en su conjunto, constituyen la base imprescindible para entender en un futuro cómo mantener y criar un rebaño digno de ser mencionado en un registro pecuario, y es, asimismo, un factor de importancia elemental en la formación de un joven noble, sean cuáles sean las pasiones a las que se dedique más tarde. Como bien puede usted imaginarse, no fue ciertamente esta última consideración la que hizo que papá interviniera, una vez más, y con importantes consecuencias, en el desarrollo del *Junker* Traugott, poco antes de que éste se marchara a hacer el bachillerato a Königsberg. Fue más bien pensando en dar a la práctica el lugar merecido en la educación del chico, y también debido al débil pecho de éste —aunque sobre todo porque el médico, en la misma línea de pensamientos, se lo había desaconsejado estrictamente, y porque la mamá alzó su protesta aduciendo razones sociales—, por lo que el padre lo envió por un tiempo a trabajar en el establo. El pequeño Traugott, pues, pasó un largo verano con el banco de ordeñar (de una sola pata) bien pegado a sus pantalones, en lucha constante contra miríadas de moscas y las boñigosas borlas de las colas de las vacas, en medio de esos cáusticos vapores que, como se sabe, son tan edificantes para el espíritu como saludables para los pulmones.

Sin embargo, la mamá Bremse olfateó lo sucio en otro sentido. Es posible que la presencia demasiado frecuente en boca del niño de expresiones como «inapetencia para la monta» o «descenso vaginal» —familiares para ella, después de todo, por la terminología profesional del veterinario jefe—, no le pareciera ni la mitad de agradable de lo que lo era para el rebo-

sante descendiente de la nobleza de cimitarra transcarpática. Aunque tal vez lo que más temía era que los ordeñadores, al comentar ciertas escenas harto habituales en los establos, se dejaran llevar más bien por su humor frívolo y no por el sentido de la responsabilidad ante un joven en plena etapa de búsqueda. Y para preservar a su pequeño Traugott de cualquier daño para su alma (¡porque saber es poder!), decidió instruirlo ella misma, de forma discreta, en los temas relacionados con el sexo.

Actuó para ello con deferente cautela, tanto más conmovedora por cuanto desde hacía tiempo los hijos de los condes habían ayudado al pequeño Traugott a comprender técnicamente —por no decir a familiarizarse— con ciertas escenas bastante habituales tanto en los gallineros como en las habitaciones paternas. Aunque de aquello, claro, nada podía sospechar la buena señora.

Escogió un domingo que el padre estaba ausente, en Pillkallen, y decidió ocuparse amablemente del hijo durante ese día. En esa ocasión, en cierto modo como preludeo purificador del alma, tocó en el piano, más temprano que de costumbre, los *Murmullos de primavera* de Sinding, y de repente, como quien no quiere la cosa, exhortó al joven Traugott a dar un paseo por los campos. Tomados del brazo, caminaron a lo largo de las vías del ferrocarril, hasta que dejaron detrás los edificios de la finca, cubiertos por la sombra de hayas, olmos y castaños, una isla en aquella tierra dorada, y luego continuaron avanzando más y más, bajo el alto desfile naval de las nubes, a través del trigo ondulante, respunteado por el rojo de las amapolas silvestres. Finalmente, muy lejos, frente al gran granero del campo, la madre empezó a recoger ranúnculos, caléndulas y camelinas —o cuantas plantas verdecieran en esa época del año en las guardarrayas de la Prusia Oriental— y empezó a explicarle al chico la fecundación con la ayuda de estambres, pistilos y pólenes. ¡El «tábano», la Bremse, en el papel de la abeja Maya, por favor! Lo que para el hijo cobraba las dimensiones de un homicidio sexual perpetrado entre dos y tres veces por sema-

na, ella ahora pretendía ilustrárselo con la ayuda de hepáticas y nomeolvides. La mamá admitió, con franca liberalidad, que en el caso de los seres humanos y de otros vertebrados, los vientos tibios y las mariposas eran poco usuales como medio de propagación, pero se apresuró a añadir de inmediato que esa circunstancia, en realidad, había de considerarse lamentable. Luego se extendió en algunos detalles y no olvidó proporcionar diversos argumentos estéticos y morales.

El pequeño Traugott estaba pasmado. Hasta donde podía comprender, todo aquel asunto estaba torcido desde el comienzo; era, por así decir, el gran punto débil de la Creación, o si no véase la Biblia, su primera parte, el Génesis, así como otros muchos pasajes relacionados. (Ello también se ponía de manifiesto en las artes, opinó la mamá, con las que el chico entraría en contacto íntimo próximamente en Königsberg; sólo bastaba con pensar en esa novela, *La edad peligrosa*, de la tal Michaelis, por ejemplo...) Pero todo eso era pura vanidad, mera teoría. Las cosas, en la práctica —y de eso sí que estaba seguro—, eran como eran: crueles, violentas, brutales, humillantes. Y sucias, sobre todo sucias. Gallinas pisadas contra el polvo, ganado mugiente, sangrante, tirando con fuerza de las cuerdas, perros en caliente incapaces de separarse, cubiertos por la granizada de piedras y de injurias de los críos de la aldea: así eran. Y así fueron. Así fueron tal vez siempre, lo mismo en el dormitorio de los padres y en el de la señora condesa que, más tarde, también, en el suyo. Y con ello se entendía por qué era el peor de los pecados.

El cielo azul, tan azul del verano se extendía majestuoso sobre la tierra, y las grandes nubes, como naves, pasaban en silencio por encima; el trigo estaba alto y las moscas zumbaban en la hierba, y sobre la lejana mansión de la hacienda volaba en círculos una bandada de palomas, que descendían con las alas tiesas y extendidas, centelleantes al sol, rozaban casi los tejados en un temerario vuelo en picado y, alzándose de nuevo, batían las alas. El ganado pastaba apaciblemente en sus dehesas. Y el pequeño Traugott caminaba al lado de su madre, abatido

e imbuido de cierto vago cariño hacia ella, plagado de mala conciencia y, al mismo tiempo, sintiendo temor y aversión por que ella lo tocara. La Bremse hablaba y hablaba, pero él no entendía demasiado, sólo entendía *aquello*, y únicamente cuando ella empezó a hablar de la *pureza*, él comenzó a escuchar con mayor atención. Pureza era la palabra. A través de la pureza era posible redimir lo que se había cernido sobre el mundo en forma de pecado. Era el inicio y el final, la fórmula de la salvación en la metafísica de la sexualidad. Ella nos hacía olvidar que nuestros hijos habían llegado al mundo en medio de la inmundicia, con sangre y lágrimas, y que no habían sido despachados en casa, mondos y lirondos, por la señora Sulamith Wülfling. Y entre pureza por aquí y pureza por allá, con la pureza por encima de todas las cosas, *über alles*, el joven Traugott escuchaba con devoción. De modo que, en cuanto a las alegrías del amor, todo era —dicho de manera sucinta— una porquería. Y entonces, en aras de hacer lo correcto, pero también a causa de aquel vago cariño por mamá, tímido y culpable, decidió que, en lo adelante, inscribiría la divisa de la pureza en su estandarte.